



EL HERALDO

DE LAS ARTES, DE LAS LETRAS Y DE LOS ESPECTÁCULOS,

DIRIGIDO POR DON MARIANO SORIANO FUERTES.

AGENCIA TEATRAL. DEL HERALDO. Gratía para los suscritores.	EL HERALDO APARECE DOS VECES EN LA SEMANA: los jueves y domingos.	NUMERO 3. DOMINGO 8 DE OCTUBRE DE 1871.	OFICINAS E IMPRENTA. Calle del Rubio, núm. 23, MADRID.	PRECIO DE SUSCRIPCION. En trimestre..... 12 pesetas. En semestre..... 24 En año..... 48
--	---	--	--	--

ORIGEN DE LOS ESPECTÁCULOS.

(CONTINUACION.)

Los atenienses fueron reconvenidos de Justino porque espendían las rentas públicas en poemas, músicos, actores y teatros, teniendo mas afición á los espectáculos escénicos que á los guerreros; mas esto no fué causa suficiente para que dejasen de seguir cada día más aficionados á las representaciones teatrales, las cuales estaban al cuidado de los principales magistrados.

En el Asia y Egipto, los brahmanes y sacerdotes eran depositarios de la sabiduría que con el velo del misterio se le ocultaba al pueblo, pasando las ciencias como hereditarias de padres á hijos. En Grecia el campo de las ciencias y las artes estaba abierto para todos. En los pórticos y en las plazas se oían lecciones públicas; el talento y el ingenio se buscaban donde quiera que estuviesen, y los teatros y los certámenes hacían brillar á los grandes hombres, que eran premiados por el pueblo conocedor del verdadero mérito por la instrucción recibida.

Los teatros eran sostenidos por el gobierno griego como un medio de moralidad política é instrucción literaria; por lo cual á los ciudadanos necesitados que no podían asistir por falta de recursos, se les daba dos dracmas á la puerta del teatro, uno para pagar la entrada, y el otro para que tomasen algun alimento.

De la música y la poesía hermanadas en las canciones nacionales, nacieron la historia, la escuencia, las bellas artes y el teatro: ellas reunieron á los hombres en sociedad, ellas dulcificaron las costumbres, ellas crearon las ciudades. Dos siglos antes de que Thespis, Sazario y Eschilo creasen las representaciones teatrales, Terpandro al son de su lira había suscitado las costumbres de los lazedemonios, y Saffo y Alfro encantaron á los lesbos con su poesía y su canto; dos siglos antes que estos, Homero había cantado las guerras de Troya.

La música y la poesía despertaron el entusiasmo en nuestros corazones y dieron vida á la imaginación, porque cuando esta duerme, como dice André, la razón no hace otra cosa que soñar. Así es que cuando las dos

hermanas fueron separadas, perdieron ambas su fuerza y su mayor prestigio, porque la una no conservó la influencia en el espíritu del hombre, faltándole la expresión melódica á sus versos, y la otra, despojada de los versos del poeta y creyéndose encumbrar sola con las dificultades de sus combinaciones armónicas, perdió su antigua facultad de excitar emociones fuertes en los oyentes hablándole á la cabeza y no al corazón, y se redujo á ser arte de diversion y lujo en los pueblos opulentos, habiendo sido ciencia fundamental de instrucción en los pueblos verdaderamente ilustrados.

Segun Ateneo, el origen de la comedia y la tragedia es debido á la embriaguez y á los convites que se tenían en tiempo de la vendimia en la villa de Icaria en el Attica. Se generalizaron estas fiestas celebrándose en honor de Baco, dios tutelar del vino, en las cuales le sacrificaban un macho cabrío, en venganza del daño que este animal había causado en las viñas de Icaria, fundador de esta solemnidad, y el primero que enseñó el modo de plantar las viñas segun la mitología. Durante el sacrificio se cantaban en coro, tanto por el pueblo como por los sacerdotes, himnos á los cuales llamaban *Trepodia*, palabra compuesta de dos dicciones griegas, que significan *canción del carrero*, y de cuyas palabras se formó después el nombre de *Tragedia*.

La piel del carnero ó macho cabrío sacrificado en las aras de Baco, traido por el simbolo de la emancipación del pueblo, era el premio del que había cantado mejor las alabanzas del dios á quien festejaban.

Estas fiestas fueron tomando cada año mayor incremento, y Thespis, para dar alguna variedad á las canciones y bailes que se usaban comunmente, introdujo dos actores que cantasen y declamasen á solo, intermedando el coro, y haciéndolos ejecutar las fábuls que cantaban, sobre un terreno más elevado que el en que estaban los oyentes. Fué recibida esta innovación con gran suceso, y entonces, reprodujo dichas fábuls sobre carros cubiertos en figura de casas y tirados por bueyes, logrando con esto repetir los espectáculos en los sitios donde mejor le parecia. Como dichas fiestas tenían lugar en tiempo de la vendimia para no ser convecidos de los espectadores los que tomaban parte en la diversion y asemejarse más á los sátiros, se embusturaban la cara

con las heces del vino; y esto fué el origen de las máscaras teatrales que despues se usaron.

La poesía y la música antigua de los atenienses, segun Massimo Tirio, no eran otra cosa que los coros de los agricultores que divididos en tribus entonaban cánticos de alegría despues de la siega y de la siega, tanto los hombres como los niños; y Evancio, hablando de la tragedia y la comedia, dice haber tenido estas su origen en las cosas divinas, á las cuales dedicaban los antiguos sus cánticos, dando las gracias á sus dioses despues de la colecta de frutos, cantando en coro un cierto género de poesía en honor de Baco, mientras ardía el fuego en los altares y se sacrificaba el carnero ó cabron.

Conviene tener presente para el origen de la tragedia que los antiguos poetas cantaban sus poemas con el acompañamiento de algun instrumento, el cual en general era la lira ó cítara. Estos poemas se cantaban en loor de sus dioses, en celebridad de las fiestas de sus héroes, y aun en las de sus abuelos, reuniéndose las familias para formar el coro, que despues dió por resultado el drama.

Seguó á Thespis el poeta Eschilo, verdadero inventor de la tragedia segun las tradiciones, pues dió perfección tanto á la parte escénica, como al argumento y desarrollo del drama, inventando las máscaras y mutaciones, adornando la escena con pinturas, estatuas, arcos y túmulos; introduciendo las sombras y las furias con culabres en la cabeza; calzando el coturno á los actores, y poniéndoles mantos tan magestuosos que los sacerdotes los usaban despues en los días más solemnes; haciendo se oyese las trompetas y el fragor de los truenos en sus obras, y componiendo la música y baile de sus tragedias. Lo que hay más admirable en el inventor de la tragedia, dice Batteux, es haber desde luego concebido tambien la naturaleza de este poema, que despues de él y en el discurso de veinte y dos siglos, nadie ha podido suñarle mas grandeza ni regularidad.

Conoció en Atenas la utilidad de los espectáculos dramáticos, se edificaron suntuosos teatros para que el pueblo se instruyese y aficionase á estos cuadros de tanta utilidad moral y política, y señaló premios al que diese mas vida á la pintura del de las pasiones humanas; y Eschilo, Sófocles, Eurípides, Aristarco, Empe-

perfecto estilo y sus formas grandiosas, como por la riqueza de su instrumentación y el buen trabajo de su composición.

Llena de rasgos de génio y de inspiración, y acabada hasta en sus más pequeños detalles, su éxito en el concierto, y la fama de Halévy europea. Sin embargo, en medio de su originalidad, algunas veces se recuerda a los placer rasgos de Cherubini y Beethoven, y no pocas el puro ambiente de la melodía italiana.

Halévy, para nosotros, es uno, si no el primero, de los maestros compositores de la escuela francesa, y el que más ha trabajado en favor de su arte y de su patria.

Séale la tierra ligera.

M. DOMINIO FERRER.

NOTICIAS.

En la exposición de Barcelona han figurado: tres pianos de la fábrica de Reimagré; tres de la nueva fábrica de Masera; cuatro de la de Viani; dos de la de Altamira, y tres de la antigua fábrica de Anger. Los pianistas Pujol y Obradors han tocado en ellos escogidas piezas de música que merecieron los aplausos de la concurrencia.

—La sociedad *El Fomento de las Artes*, que como sabrán nuestros lectores celebró en los meses de mayo y junio de este año una exposición artística e industrial, anunció como parte integrante de este un concurso de bandos literarios, y un certamen musical para los compositores, cantantes y pianistas. El concurso tuvo lugar el 30 de junio en los jardines del Buen Retiro, y tomaron parte en él cinco de las bandas de música de la guarnición de Madrid, siendo el jurado de música el Sr. D. Los ejercicios del certamen se han terminado el 30 del mes anterior, según nuestras noticias, porque siendo de carácter privado con arreglo a las bases del programa, no hemos tenido el gusto de asistir a ellos. Pero tenemos entendido que la sociedad tiene acordado celebrar una función en la que se representen algunas composiciones más notables de las premiadas, tomando para ello algunos de los cantantes y pianistas que han obtenido premio.

Los jurados, elegidos por los señores opoñentes, compuestos respectivamente de los Sres. D. Hilarión Esola, D. Francisco Asenjo Barbieri y D. Valentín M. Zubizarre, de composición; D. Francisco Asenjo Barbieri, don Ramón Castells y D. Emilio Ruiz, de canto; y don Manuel Mendibáiz, D. Dimas Zabala y D. Eduardo Compañ, de piano, han consignado en sus dictámenes los premios siguientes:

COMPOSITORES.

Primer premio. D. Miguel Carreras y Gonzalez, por la sinfonia a grande orquesta que lleva por tema *Emilio Carreras*.

Segundo premio. D. Clemente Santamarina y Guizarro, por la cantata titulada *Toda por el arte*.—D. Miguel Carreras y Gonzalez, por su ópera lema o *Incarnación de la virtud divina*.—D. Juan Gamazita y Alsina (de Barcelona), por la ópera titulada *Los violetas*.

Menciones honoríficas. D. Blas García y Guadalupe, por la ópera titulada *El músico prodigioso*.—D. Joaquin Valverde, por la sinfonia-ópera que lleva por tema *Reino*.—D. Ruperto Chapi, por la ópera titulada *Aprisa*.

CANTANTES.

Primer premio. D. José de Palacios y don Eliseo Giménez Campañón.

Mención honorífica. D. Rafael Rodríguez.

PIANISTAS.

Primer premio. Doña Paula Lorenzo de M. Porlido, doña Rosa de los Angeles, doña Encarnación, doña Campaño y D. Salvador Sanchez Bortanaga.

Segundo premio. Doña Elisea García Aragón.

Tercer premio. D. Florencio Larrauri, D. Antonio Colado y D. Julian Gómez.

Menciones honoríficas. Doña Josefa Huerta y doña Francisca Huertas.

Reciba nuestros felicitaciones la sociedad *El Fomento de las Artes* por el importante servicio que con su iniciativa ha prestado al arte musical en nuestra patria, ya que quien puede y debe hacerlo, tiene olvidado un elemento tan poderoso de civilización y de gloria.

La cátedra del famoso Servais, violoncellista belga, obra de Godefrido, el Erasmio, y de la casa de la Academia ha comprado la música del *Roi Carotte* por quince mil francos. Este *Roi Carotte* es una ópera del afortunado Hervé, que, como acostumbramos a hacer de nuestras anteriores revistas, debe estrenarse en Varadero. No sabemos lo que la obra pueda valer, pero es importante que no se vaya al teatro sin la más minuciosa parte del *Fuete* de Gounod. Ahora bien; esta obra es comprada por el mismo editor, por diez mil francos. O tiempo....

NOVELA.

STRADELLA. (1.)

Hacia mediados del siglo XVII vivía en Venecia un niño romano llamado Monto, de una antigua e ilustre familia.

Monto era considerado como el padre más feliz que se conocía en esta Italia.

En la infancia había sido mostrado con Hostenia madre prodiga; hermosa, talento, gracia y bondad, todo se lo había dado.

Con sus grandes ojos negros de un brillo deslumbrador, sus hermosos cabellos de azabache, ondulando sobre su cuello de alabastro, su sonrisa bondadosa, y una sonrisa encantadora, y su tallo noble y elegante a la vez, no había cesado por duro que fuera, del que se triunfaba, primera vez cuando se obtenía el favor de volverla a ver y ser admitido en su casa, la admiración que al principio había causado se cambiaba en un sentimiento profundo e inalterable de amistad sincera e amor ardiente. Tenía sus maneras tan amables, tan benéficas, una bondad tan constante y tan ingenua, que hasta el último servidor de la casa se hacían con tanto grado de cariño, que en la sociedad se presentaba como un triángulo, una especie de un modo tan distinguido y delicado, que en todas partes a donde iba, se le cedía naturalmente el primer lugar, y cuando le sucedía tener que tomar la palabra, todos callaban para escucharla mejor.

Hostenia era por consiguiente el orgullo y la alegría de su padre, que, cuando se mostraba en público junto a ella, se hacía notar a la gente alta y los ojos radiantes, pensando decir a los padres:

—Miradnos e enviadnos.

Sin embargo, llegó un día en que a esta alegría y a este orgullo sucedieron de repente las lágrimas y la desolación.

En el carácter y en la salud de Hostenia se notaba un cambio sensible.

Barridos las rosas de su tez dejándole una palidez marfilina; su mirada, a veces aguda, brillaba otras con un fuego sombrío, como si estuviese devorada por el febre. Sus movimientos demostraban, tan pronto la languidez de la debilidad, como la vivacidad de la inquietud.

Sus maneras y su inteligencia sufrían una alteración no menos sensible. Ya no tenía aquella alegría, aquellas graciosas salidas, aquel carácter dulce y siempre igual, aquella bondad activa que la hacían adorar. Ya se había buscado la soledad para entregarse en ella día enteros a las tristes inspiraciones de una negra melancolía; algunas veces rechazaba bruscamente a los que iban a implorar una gracia, y cuando los vio retirarse afligidos e descontentos, corría a detenerlos, pidiéndoles perdón, dándoles un reparo sin dinero, sus adornos y sus alhajas, exclamando:

—¡Soy muy desagradada!

Monto era presa de la mayor desesperación; veía con horror los progresos de el decaimiento producido en su hija querida, y consultaba a los más hábiles médicos de Venecia sobre el terrible mal que la mataba. Todos le daban la misma respuesta:

—Tu hija sufre a vuestra hija; lo que necesita son distracciones.

Distracciones! ¡Dios mío! ¿Con qué gusto hubiera aceptado esta fortuna! En el este sacrificio hubiera producido la mejor mejora en el estado de Hostenia! Pero en vano amontonaba ante ella las más ricas telas, y las más bellas sederías; en vano despojaba por ella sus más raras alhajas de los plateros de más fama, pues, rebajada tan indiferencia estos regalos, que habían sido la vida de cualquiera joven, presentándose, más bien como víctima que como reina, en las fiestas ofrecidas que daba para distraerla.

Conocer el origen de un mal es haber encontrado casi el remedio; pero toda la sagacidad de Monto se creaba ante esta difícil empresa.

¿Qué falta en efecto a Hostenia? Hermosa, rica, amada cual ninguna veneciana, ¡ah todavía a ocupar entre ellas uno de los primeros rangos, puesto que el senador Pandolfo la amaba y había puesto su mano, acordándose de ella en que debía tener lugar la ceremonia de los esposales.

El senador Pandolfo, a pesar de sus cuarenta años, parecía un joven, tenía una fisonomía agradable y distinguida, no estaba en efecto de sus reumas y era de una liberalidad tan proverbial, que cuando se hablaba de un hombre que se hacía notar por su generosidad, decían:

—Como Pandolfo.

Es un Pandolfo. Hostenia no tenía una sola compañía, ni una amiga que no evidenciara su dicha.

Sin embargo, en el caso de las inclinaciones de Hostenia parecía haber escapado a los estragos de la pasión de sus fuerzas físicas y morales, y era su amor la misma. La naturaleza había dotado a la hija de Monto de una fuerza física y moral, y cuyos esfuerzos luchaban al alma; el estudio la había fortalecido, perfeccionando en ella un sentimiento musical de exquisita delicadeza, tenía un canto fácil y brillante del ruiseñor; pero, a más, poseía una sensibilidad tan viva, que la expresión que hubieran entrecerido al alma más empujadora.

Hostenia no había perdido nada de su pasión por el arte que le había valido sus más hermosos triunfos. Cuando le anunciaban la llegada de su profesor, porque no era de sus que habiendo alcanzado cierto grado de talento se imaginaba no tener ya nada que aprender, recobraba de repente su amor y su vivacidad por el arte, se te la frescura, y sus ojos el brillo acostumbrado... ¡crillo, frescura y vivacidad que desaparecían tan pronto en cuanto se acababa la lección.

La observación de este hecho extraño, no había escapado ni a la inquietud ternura de Monto, ni al desconocido amor de Pandolfo. Los dos sacaron en consecuencia, que si algún remedio existía al mal que amenazaba los días de Hostenia, era el de la música. Por eso Monto no pensaba sino en multiplicar las lecciones de canto a su hija. Pandolfo, naturalmente le alientaba en tal sentido, sino que añadía estar pronto a pagar con una fortuna el tiempo del profesor.

Empero el profesor de Hostenia no era una de estas mentes simples, que se contentan con enseñar lo que se le pide en favor de un nuevo discípulo. Las más raras habilidades se lo disputaban y muy pocas lograban obtenerlo. No bastaba para seducirlo presentarle montañas de oro; él consideraba no tener ya nada que aprender, pero las emociones del discípulo. Respondió, pues, a Monto que daría lección a su hija todos los momentos que le dejaban libres sus demás lecciones, y redujo el oro de Pandolfo.

Este profesor era el señor Stradella, un tal profesor de música. Compositor hábil y cantor apasionado, Stradella, por la eminencia de su don de talento, había escapado su nombre en todas las salas de concierto de Venecia, donde le contaban en el número de los tales y tales glorias. Los más grandes y altivos señores, reconociendo el imperio del génio, se bajaban hasta la súplica para decidir a que fueran a hacerse acompañar en sus conciertos, y las alabanzas a Dios en las fiestas solones de la iglesia no estaban cantadas dignamente sino por la voz de Stradella.

No más 30 años, su estatura era bella, su fisonomía llena de nobleza, y su mirada se hallaba con el fuego de la juventud y del génio. Para amarlo hubiera bastado verle; pero ejercía un poder de seducción más irresistible todavía. Su voz, que tenía la dicha de conducir a su voz, vibrante y simpática, tenía un encanto inexplicable, se ve, todo, se sucedía en la expresión de las agitaciones del corazón y de las vivas emociones del alma.

Y sin embargo, Stradella, en su carácter, tenía un sentimiento que tan bien expresaba. Nada, ni en sus acciones, ni en sus maneras, dejaba sospechar que jamás hubiera sufrido la influencia de ninguna pasión, ni que su corazón se tratase de seducir a otros. Él mismo se sorprendía de su indiferencia, tan incompatible con la pasión de sus acciones, y más de una joven se apesadumbraba de ello.

Generalmente, el mundo era poco en virtudes heroicas, y a menudo se burlaba con el nombre de apatía, frialdad y egoísmo, lo que solo es abnegación y sacrificio.

Así se engañaban en Venecia sobre los sentimientos de Stradella. Su corazón estaba muy lejos de dormir como se le suponía, solo que en la inmensidad de la pasión que le animaba, encontraba la fuerza de ocultar la tempestad bajo las apariencias de la calma.

El profesor de Hostenia no había podido resistir a los encantos de su hermosa discípula; amaba por la primera vez, y su amor fue pronto de los que se resquebrajan sino con la vida. Pero no se hacía ilusiones sobre la distancia que le separaba de Hostenia; conocía el proyecto de su padre, y se había resignado a su destino, comprendía, en fin, la imposibilidad de ser suya; el amor de la que adoraba, y el respeto y la delicadeza, sentimientos inseparables del verdadero amor, no permitían que ninguna pasión se agitará en su mente.

La prudencia le aconsejó primero el abstenerse de sus lecciones; tal vez así lograría apagar un fuego que ya no tendría alimento con la vista de la que lo había encendido. Pero el amor era demasiado grande, y le faltó la energía necesaria para llevarlo a cabo.

Entonces se dijo a sí mismo que si continuaba viendo a Hostenia, el honor y el deber le obligaban a callarse y disimular sus sentimientos, lo que le costaría el sacrificio de su amor a la que le hacía presenciar la razón. Prefirió el sacrificio de una pasión dolorosa a la esperanza misma de la curación.

Stradella, sin embargo, se dio cuenta de que se había impuesto, era presa de continuos y vivos sufrimientos que nadie sospecharía; pero había el momento en que empezamos nuestro relato, ni una mirada, ni la menor inflexión de voz, ni señal alguna, que indicara la fuerza y la imposibilidad de su rostro no se había desmentido ni un instante.

Una mañana, en los primeros y hermosos días de la primavera, Stradella fue a la hora de costumbre a casa de Monto para dar lección a Hostenia. La encontró sola, su belleza no tenía ya el brillo de otros tiempos; pero la palidez de su fisonomía, la tristeza impresa en su rostro y la languidez de sus movimientos, expresaban que toda su persona un encanto inextinguible. El artista no pudo más de experimentar una viva emoción, y la turbación de su alma le hizo comprender que era imposible repetir, Sin embargo, a fuerza de voluntad logró dominar a la lección empezó.

(1) Esta novela es imitación del inglés. (Venecia. — Historia general de la ciencia y práctica de la música: por MAXWELL. — Londres. 1778.)

